

la española cuando sentimos el cambio de guardia de la emocionalidad cultural española. Podríamos añadir que las escenas finales de *La Regenta* (1885), de Leopoldo Alas, cuando el Magistral rebulle en un confesionario ante la presencia de la amada Ana Ozores, suponen un cierre genial de esta mudanza de poderes del sentimiento religioso al del amor. *Clarín* vació a su personaje de sentimientos religiosos, al Magistral y a sus colegas del claustro de la catedral de Oviedo, y les llenó con sentimientos humanos, bien humanos, como la vanidad, la envidia, y, desde luego, la lujuria y el amor.

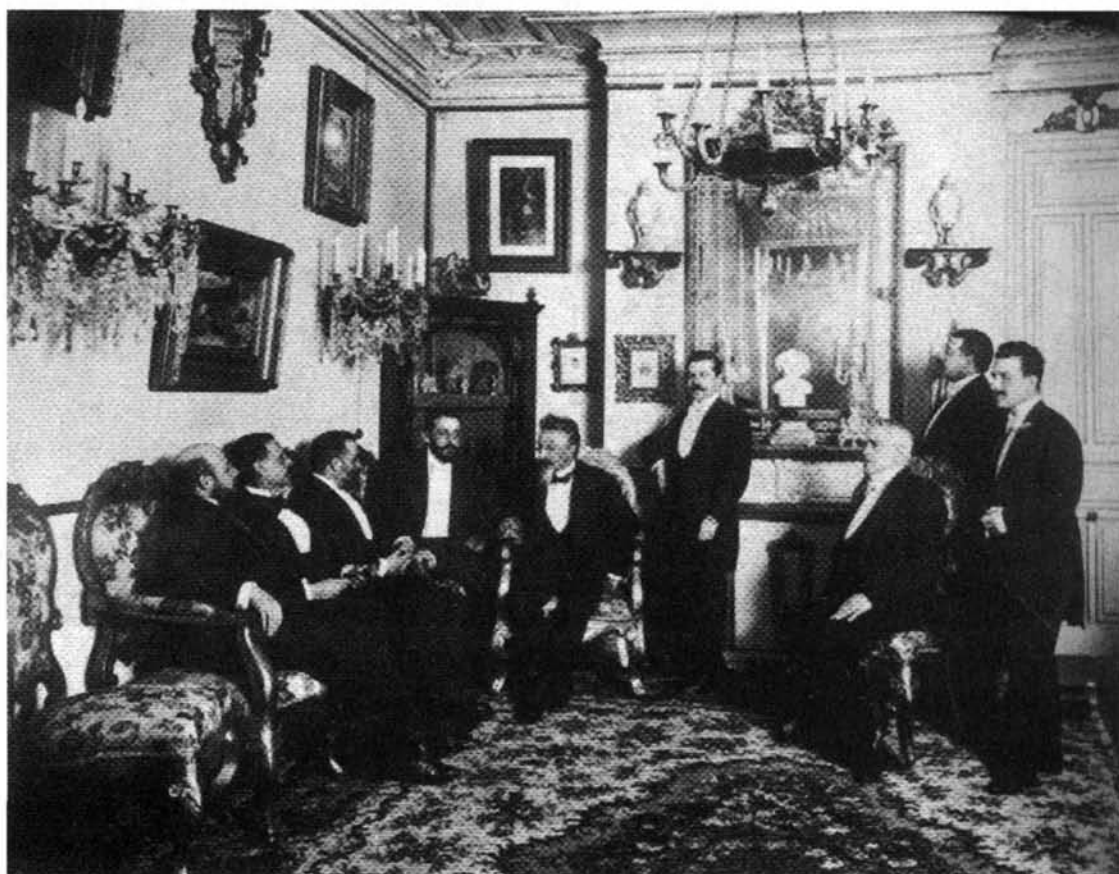
En *Pepita Jiménez* estamos todavía al comienzo de ese trayecto narrativo. Un joven seminarista acaba cambiando su amor por Dios, religioso, por el amor humano que le provoca la bella Pepita. Quienes ignoran el valor cultural de las novelas pierden de vista estos aspectos esenciales para comprender cómo la sociedad española fue cambiando, cómo la modernidad sentimental apareció en nuestro horizonte. En este sentido, *Pepita Jiménez* y *Doña Luz* son dos novelas claves en la cultura española, porque despejan la confusión entre el amor humano y el amor divino. El camino hacia el amor entre el hombre y la mujer puede seguir rumbos diferentes, y uno no debe interferir en el otro.

El final de *Doña Luz* en el que unas cartas juegan un papel decisivo, descubrimos además del amor del padre Enrique, que don Jaime, el marido de la protagonista, no actuó limpiamente al casarse con ella, pues ya sabía que ella iba a ser una rica heredera. Doña Luz aprende así que su marido ya conocía el propicio estado de su fortuna. Lo que esto significa, y debemos verlo al trasluz de la biografía valeriana, es un reverso de posiciones. En ese momento, Doña Luz sabe que en verdad ella había amado al cura Enrique, y que se había casado con don Jaime por los múltiples halagos que le hiciera.

Podríamos concluir diciendo que Juan Valera fue el primer documentalista del ego de su tiempo, pues no sólo empleó la carta con fines artísticos para testimoniar la verdad, sino también le sirvió para ayudar a la invención de un nuevo sentimiento amoroso, derivado del amor íntimo sentido por los sacerdotes hacia Dios. Este fue, en mi opinión, un primer paso hacia el realismo, el tomar otro tipo de amor humano, el religioso, y cambiar su objeto, volviéndolo hacia el mundo.

Los lectores de *Pepita Jiménez* sienten la emoción del nacimiento y desarrollo del amor en un personaje. Lo que quizás no sepan todos quienes disfruten de la finura con que Valera lo supo crear, es precisamente lo que acabamos de decir, que lo estaba reinventando, ofrecien-

do a sus contemporáneos un modelo nuevo, en el que el acento se había mudado de lo puramente sentimental e hiperbólico del amor romántico a uno hecho a la medida del ser humano.



Tertulia en casa del conde de Las Navas. Entre otros, Juan Valera, Benito Pérez Galdós y Rubén Darío



Juan Valera en su juventud